



Hacia un riesgo latin(or)americano.

**Latin American Literature: Symptoms, Risks and Strategies of Post-structuralist Criticism**, de Bernard McGuirk. London: Routledge, 1997.

El protagonista-narrador de *Terra Nostra* describe su encuentro erótico con Celestina en clave dantesca, como un extravío a “la mitad del camino de nuestras vidas, una selva oscura, perdimos el camino.” Y una agria evocación de pérdida es lo que encontramos en la fábula kafkiana o parodia surreal de Gombrowicz titulada *Trasatlántico* (1953):

...y eran vanos los proyectos, vanas las decisiones cuando el Hombre se ve forzado por la voluntad ajena, cuando se halla perdido entre los hombres como en una selva oscura. De esa manera Camina uno, pero Yerra; decide uno algo, hace planes, pero Yerra, y mientras toma una decisión aparentemente según su propia voluntad, Yerra, habla y Yerra. Actúa, pero en medio de una Selva, en la noche, y Yerra, Yerra. ...<sup>1</sup>

Y el estatuto de Gombrowicz (polaco en Argentina)—expatriado o sintierra—es un paradigma de esa “mitad del camino” que es transición y no-lugar, espacio de encuentro y desencuentro, ámbito liminar, en el que transcurre buena parte de la textualidad latinoamericana. Y es precisamente esa región irroturable de lo *mismo* que descubre/cubre/describe/prescribe a lo *otro* (de una Europa que se mira—distorsionadamente—en América y de una América que se mira—contorsionadamente—en Europa) en la que deambula la palabra crítica de McGuirk. Todos sus ensayos arriesgan su palabra en dicha región fronteriza: la que traza una voz lírica europea y masculina al invadir el cuerpo femenino (Neruda), la que levanta una mirada francesa al *fetichizar* lo primitivo-brasileño (Blaise Cendrars), la región de alteridad o *l'autre(a)mondisme* que edifican los narradores escindidos de Cortazar, el ámbito atópico, ahistórico, asexual y diferencial que se inventa la *Emma Zunz* de Borges, el ilocalizable *locus amoenus* de un nostálgico Pessoa, el territorio cultural desplazado e

irreplazable que transita un narrador de Monterroso, o la “península” parada “en la línea mortal del equilibrio” de un espléndido poema de Vallejo.

La construcción impuesta de la alteridad es, en rigor, una dinámica pertinaz que persiste en todas las formas de textualidad “americana.” Said, Marie L. Pratt o Todorov han insistido en las funestas consecuencias ideológicas de una imposición textual eurocentrada sobre pueblos no europeos, así como en el modo en que dicha imposición estaba (ya) textualmente construida antes de instalarse en los nuevos mundos. La originalidad de McGuirk está en denunciarla diversidad de maneras textuales en que dicha imposición puede ejecutarse, así como la pluralidad de gestos textuales con que pretende contestarse dicha imposición. Y para ello emplea una estrategia crítica muy concreta: la lectura desconstructiva del objeto literario. Su modelo se declara desde el comienzo y no es otro que Jacques Derrida, lector entre lectores, arch-reader o the reader (de-rrida), de quien McGuirk recibiera magisterio directo en la École des Hautes Études de Paris. A esta escala parisina hay que sumar otros estadios en su escenario particular de instrucción (*scene of instruction*, que diría Bloom): una pulcra formación filológica, un irrenunciable materialismo en lo textual derivado de su entrenamiento en el “close reading,” una amplia asimilación de diversas estrategias hermenéuticas, del formalismo ruso al post-estructuralismo, un coqueteo incesante con Lacan, una generosa alianza con el marxismo (especialmente a la Eagleton y Macherey), una vasta curiosidad literaria, todo ello aderezado con un fêrvido poliglotismo en lo romance (español, francés, portugués). Académico transliterado, el espacio de McGuirk es esa área irrenunciable de la frontera, la tierra de nadie (ese “non-lieu du lieu du lieu perdu” jablesiano que evoca en su libro) o terra (n/v)ostra en que suceden los textos que analiza. La elección de la metodología desconstructiva no es gratuita.

La comprensión nomádica y aberrante (nietzscheana y heideggeriana) de los espacios literarios que formularon tanto Derrida como sus aliados americanos (De Man o Bloom) se ajusta hábilmente al no lugar de los textos latin(o)americanos, región de la disrupción, la distorsión y la negociación constante. El texto latinoamericano no es. Más bien transita, transcurre, sucede, o, por volver a Gombrowicz, *yerra*. Texto como región de la clandestinidad semiótica e ideológica. Desconstrucción y marxismo se equilibran bien aquí. Esa cualidad auto-engendada, móvil, provisional del texto, justifica otro lugar de encuentro con la desconstrucción. Cuando Fredric Jameson intentó matizar algunos indeseables extremos derivados de las reflexiones críticas de Paul deMan el resultado fue la emisión de una frase que, paradójicamente, encerraba de manera casi perfecta una de las fórmulas centrales del pensamiento desconstructivo: “All language may in that sense be ‘about language’, but talking about language is finally no different from talking about anything else.”<sup>2</sup> Quizás Jameson no percibiera que precisamente porque es así, porque el lenguaje sobre el lenguaje no (parece) comportarse de manera distinta al lenguaje sobre las cosas, es por lo que debemos tener cuidado: no debemos leer ingenuamente (miméticamente, referencialmente) textos que aluden a su propia textualidad. Debemos asumir riesgos, en el sentido etimológico de cortar (*resicare*), de rasgar el falso velo de las referencias

y explorar la dimensión auto-incidente de ciertos discursos literarios. Y eso es precisamente lo que hace McGuirk en esta atractiva colección de ensayos. Lo que parece un mero poema de amor nerudiano puede devenir, tras la operación de la lectura, en una reflexión sobre la posibilidad misma del poema. Lo que parece una mera historia detectivesca de Borges se torna, tras la lectura, en una reflexión sobre la estructura misma del relato. Que los textos literarios cuestionan muchas veces la posibilidad de su existencia, es algo que la crítica tradicional ha visto. Pero siempre ha querido atribuir esta autorreferencialidad a la intención del autor, y no a la voluntad anónima de un lenguaje autónomo. Y ésa es una de las grandes intuiciones del pensamiento post-nietzscheano (de Heidegger a Derrida y De Man), con el que tan explícitamente se conecta McGuirk. Por otro lado, las formas de autorreferencialidad son múltiples: un poema puede aludir a su imposibilidad de presentación oral, un poema puede describir otro poema, un poema puede cuestionar su inserción en una tradición poética, un texto puede engendrar otro texto, una narración puede delatar la miseria de su estructura interna, de su dispositivo.

En resumen: palabra (anagrama/criptograma), texto, subtexto, estructura, sistema, dispositivo, género, movimiento, generación, todas estas construcciones pueden ser subvertidas desde un texto. y la misión del crítico es percibir esa íntima subversión, esa ironía última del texto que se delata en una apertura irresoluble de (sin)sentido. De ahí su movilidad constante, su transición, la imposibilidad del cierre o la clausura. De ahí que los textos asuman, en muchos casos, la función propia del crítico: delatar sus mistificaciones genéricas y referenciales. En ese sentido, el crítico se convierte en creador y debe limitarse a descubrir la crítica que el propio texto (creativo) presenta. La confusión entre creación e interpretación es, en rigor, uno de los aspectos que más seducen a McGuirk. De ahí que algunos de los textos que analiza, especialmente dos cuentos de Borges (*La muerte y la brújula* y *Emma Zunz*), refuercen perfectamente la descripción que Habermas hiciese de la preocupación creativa de un Calvino, no en vano gran admirador de Borges: “la cuestión de si un texto no podría tornarse reflexivo de modo que lograrse salvar incluso el gradiente de realidad que se da entre él, como *corpus* de signos, y las circunstancias empíricas que le rodean, que lograrse, por así decirlo, absorber en sí todo lo real.”<sup>3</sup>

Cuando, como en América, lo real es ya una porción de escritura europea, el texto no puede sino ser auto-alusivo, en la convicción (distanciada e irónica) de su imposibilidad. McGuirk se arriesga realmente con autores como Vallejo, impudicamente atrincherados en un hermetismo sintáctico y vital, aparentemente falto de ironía, o como Neruda, tan desenfadadamente terrestre: Las circunstancias empíricas priman, en ambos casos y, aparentemente, sobre la absorción de lo real en lo textual. De ahí el riesgo y la necesidad de delatar la ironía y la distancia. El riesgo es menor con autores como Borges, Cortázar, Fuentes y Susana Thénon, paradigmas de ironía, autoconciencia, generadores—por decirlo así—de textos autodesconstruidos. La misión del crítico es aquí la persecución de las pistas (gramaticales, léxicas, argumentales) que lo conduzcan, de mano del autor, a recorrer el no lugar de su escritura. El problema está en saber cogerse de la mano. Y aquí McGuirk nos asiste de manera ejemplar. Y no

precisamente para no perdernos, sino para perdernos más y mejor, no aquí o allá, sino en lo “trasatlántico,” y en ese espacio (naufragable) errar, errar , errar.

JULIÁN JIMÉNEZ HEFFERNAN  
*Facultad de Filosofía y Letras*  
*Universidad de Córdoba, España*

---

### Notas

<sup>1</sup> Gombrowicz, W. 1986. *Transatlántico*, Trad. K.Piekareky S.Pitol. Barcelona: Anagrama, p. 89.

<sup>2</sup> Jameson, F. 1991. “Immanence and Nominalism in Postmodern Theoretical Discourse.” *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. London: Verso (239).

<sup>3</sup> Habermas, J. 1990. “¿Filosofía y ciencia como literatura?” *Pensamiento post-metafísico*. Madrid: Taurus (240-260; en particular, 246).